

**Jean-Frédéric Schaub, *Para una historia política de la raza*, Buenos Aires, FCE, 2019, 215 páginas.**

Publicado originalmente en francés en 2015, la reciente traducción al castellano de *Para una historia política de la raza* de Jean-Frédéric Schaub (Paris, 1963) discurre sobre la importancia de la investigación histórica en torno a la cuestión racial. El especialista en historia e historiografía moderna de los mundos ibéricos, historia conectada y director de estudios en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales se ha dedicado a examinar la construcción de dinámicas de exclusión e inclusión, clasificación política de las sociedades y políticas raciales.

En esta oportunidad, Schaub ofrece un texto que, como alerta en repetidas ocasiones, no es *per se* un libro en el que se caractericen los estereotipos raciales: se trata, más bien, de un ensayo con claves para abordar el estudio de la cuestión racial. Si bien su lectura beneficiaría en especial a académicos de las ciencias sociales, humanas y biológicas –y, demás está decir, a un público mucho más vasto–, entendemos que constituye sobre todo una apuesta historiográfica.

De lectura accesible para lectores entrenados, Schaub despliega en tres capítulos una propuesta sugerente para interrogar el quehacer historiográfico en torno a la raza como problema. El título, idéntico al de la publicación original, nos introduce en tres cuestiones. En primer lugar, nos invita a pensar las contribuciones que la historia puede hacer a la cuestión de la identidad racial, poniendo en tensión representaciones producidas por medios masivos de comunicación y elencos gubernamentales. En segundo lugar, quien esté familiarizado con la obra de Schaub podría suponer que se ocuparía de forma exclusiva del mundo moderno y colonial. No obstante, la ausencia de referencia espacio-temporal en el título invita a sospechar de antemano: a partir de su *metiére*, el autor configura hipótesis útiles para reflexionar sobre diversos períodos y territorios. Por último, en el título se detecta que *raza* no es una categoría biológica sino política; por lo tanto, es preciso comprender en qué contexto y con qué objetivos surgen y operan las políticas raciales.

Una introducción extensa impulsa al lector hacia un lugar incómodo, pero, al mismo tiempo, urgente. A partir de su propia experiencia, Schaub nos invita a reconocer desde qué coordenadas personales, académicas y sociales pensamos la raza y el racismo. ¿En qué

medida las trágicas experiencias del siglo XX delimitan –tal vez inconscientemente– nuestra comprensión? ¿Qué rol juegan los debates contemporáneos sobre la construcción de la identidad? ¿Qué discursos se construyeron desde las ciencias sociales y biológicas, cómo circularon y a qué públicos llegaron? Y, finalmente, ¿qué tiene para decir el estudio del pasado sobre estas cuestiones?

Para conducirnos en este ejercicio, en el primer capítulo “Un desafío para las humanidades y ciencias sociales”, el historiador proporciona un esquema de líneas académicas, debates y definiciones provenientes de las ciencias sociales y biológicas. Se limita a las producciones anglocéntricas y francesas dejando de lado, por ejemplo, aportes recientes de las ciencias sociales en América Latina. No obstante, este largo estado de la cuestión demuestra la importancia del diálogo científico para la construcción de conocimiento y la formulación de sentido. Si el rechazo a la noción biológica de raza fortaleció el modelo constructivista que se afirmó desde los 60 en las disciplinas sociales, los avances recientes de la sociobiología, la medicina y la genética sobre los mecanismos de herencia ofrecen nuevas discusiones de las que los historiadores no deberíamos ser, para Schaub, meros espectadores.

Más allá de un consenso general respecto a la valoración moral de raza o su rechazo como entidad biológica, abundan los desacuerdos entre historiadores. ¿Cómo definirla? ¿Cuándo, dónde y por qué surgen las categorías raciales? ¿Cuáles son sus límites? En el segundo capítulo, titulado “El debate historiográfico”, Schaub ubica el surgimiento de las categorías raciales en Occidente en la modernidad ibérica. La distinción de la población judía por su vestimenta, el acceso limitado a cargos, el cercenamiento territorial y el temor a la mezcla alcanzó su cenit a fines del siglo XV cuando fueron conminados a elegir entre una conversión forzosa al cristianismo y la expulsión. Esta situación sentó las bases para un nuevo problema: reconocer a los “cristianos nuevos” tras la conversión. Progresivamente, se instaló un nuevo recurso para generar alteridad: el argumento de limpieza de sangre implicó una categorización racial de los sujetos con el fin de identificarlos y excluirlos. Los estatutos reflejaban la creciente importancia otorgada al cuerpo como transmisor de una calidad racial considerada *infecta*: un patrimonio de características identitarias religiosas, sociales, morales, políticas y conductuales transportadas a través de tejidos y líquidos corporales.

De acuerdo a la propuesta de Schaub, entonces, raza se forjó como construcción novedosa en una sociedad antiguorregimental preocupada por la calidad y el orden social en los albores de la modernidad. De hecho, según el autor, aquella noción racial no se desarraigó radicalmente de sus raíces medievales con el paso del tiempo, sino que se afirmó y extendió en procesos de racialización de otras poblaciones. Las políticas racistas tienen como objetivo

impedir que las poblaciones discriminadas integren de manera plena la sociedad en la que residen y, por ende, refuerzan su violencia cuanto más difícil es reconocer a ese otro. Para ello se producen dos operaciones: primero, se diferencia a un segmento social al que se racializa a partir del argumento de naturaleza para luego circunscribirlo a una condición que no es mutable por completo. El pensamiento racial justificaba la exclusión a partir de la corporalidad ya que su inalterabilidad (o su alterabilidad limitada) restringía los esfuerzos de la minoría por deshacerse de una identificación racial que los encasillaba, los repelía y los postergaba.

Reflexionar sobre racismo va mucho más allá de describir catálogos de estereotipos: hay mecanismos de exclusión y estigmatización sofisticados ejercidos sobre cuerpos constantemente calificados y jerarquizados. Esta definición, vertida por el autor en este capítulo que estamos poniendo en consideración, implica dos consecuencias metodológicas a la labor historiográfica. En primer lugar, comprender la forma político-institucional, los marcos normativos, la organización socioeconómica y las producciones de sentido de una sociedad dada. Solo un análisis en esos términos permitiría reconocer la ideología racial subyacente. La segunda deriva metodológica se relaciona con la temporalidad. Revisar y extender la periodización al pensar raza y racismo permite generar un aporte original y necesario que distingue a la historia de otras disciplinas que no otorgan importancia a la profundidad temporal.

En el capítulo siguiente, “Hacia una historia no lineal de la raza” el consolidado investigador cierra su propuesta historiográfica. Descarta la posibilidad de reducir una historia política de la raza a los parámetros de continuidad/discontinuidad. En consecuencia, alerta sobre los peligros de un análisis teleológico, reniega del uso de *protorracismo* e insiste en comprender a la racialización como una de las múltiples formas de alteridad social experimentadas. Además, resalta la importancia de incorporar una perspectiva antropológica en el análisis de fuentes con el objetivo de observar producciones de alteridad y capacidad de resistencia de quiénes padecieron esa asignación de una identidad diferencial “natural”.

Finalmente, Schaub ensaya una breve muestra de cómo vincular procesos sociopolíticos con los marcos mentales de la sociedad ibérica moderna para comprender la formación de categorías raciales. El historiador no desatiende la concurrencia de motivaciones diversas: por ejemplo, destaca el beneficio económico que generaba el trabajo forzado de esclavizados e indígenas y que alimentó sin dudas la producción de normativas y prácticas estigmatizantes en un contexto marcado por la expansión ultramarina y la conquista. Sin

embargo, y por desgracia, en este próspero pero breve adelanto de ejercicio historiográfico vuelve exclusivamente a la experiencia de las poblaciones conversas.

A través de esta acotada revisión pretendimos señalar los aportes cardinales de una propuesta mucho más vasta y compleja. Temáticas como universalidad, herencia, racismo científico, historia de la ciencia, color y transmisión tienen su lugar en las páginas del libro. Consideramos que el ensayo constituye una lectura oportuna y necesaria para reflexionar qué entendemos por raza, una categoría que se ha instalado progresivamente en el ámbito historiográfico pero que continúa generando debate e incomodidad.

Para cerrar, quisiéramos destacar algunas cuestiones de la obra de Schaub. En primer lugar, su respuesta al interrogante del surgimiento de las categorías raciales en Occidente es substancial e interpela directamente la mirada de los historiadores: discute con fuerza producciones académicas acotadas a experiencias medianamente recientes, fuertemente localizadas, y procura avivar el debate al interior de la historia y con otras áreas de estudio. En segundo lugar, sobresale una propuesta historiográfica compleja, atenta a diversos registros de análisis y que, si bien se plantea desde la experiencia medieval-moderna ibérica, no es exclusiva para pensar la historia europea.

Si un cometido de este ensayo era demostrar que la historia de la cuestión racial es imprescindible para aportar elementos a otras disciplinas sociales y biológicas y evitar generalizaciones prospectivas y anacrónicas, podemos sostener que fue logrado de forma más que suficiente. La historia, cuyo sentido ha sido (y sigue siendo) puesto en cuestión en función de su utilidad, es plenamente reivindicada como una disciplina comprometida capaz de brindar desde la profundidad temporal un análisis fundamental e irremplazable. Como expresa el propio autor: “Precisamente porque todas las políticas raciales pretenden interrumpir el curso de la historia, la reflexión de los historiadores es una respuesta indispensable”.<sup>1</sup>

**Noelia Silvestri**  
**(ISHIR CONICET-UNR)**

---

<sup>1</sup> Jean-Frédéric Schaub, *Para una historia política de la raza* (Buenos Aires, FCE, 2019), p. 210.